PRIMERA PARTE,

EN QUE SE DA CUENTA DE LOS VALEROSOS hechos, muertes y resistencias de Jacinto Rovira, natural de la Villa de Ayelo, en el Reyno de Valencia.

JACINTO ROVIRA.

RE tumben con armonia
los clarines de la fama,
llevando mi nombre en ecos
à las naciones estrañas:
publique Marte mis hechos
con sus trompas y sus caxas,
sus pífanos y timbales,
que como liras de plata
resuenen por todo el orbe,
ponderando mis hazañas.
Páre su curso la luna,
tiemblen los montes y plantas,
y las fieras mas horribles
con sus impías entrañas
se pasmen de mi valor,
y tiemblen de mis hazañas.
Ningun guapo me dé voces,
ni me miren à la cara,
porque pienso que al mirarme,
si en atencion me reparan,
es cierto que de repente
morirán viendo mi saña.
Escóndase Pedro Ponce,
Martin Muñoz y Villalva,
el Pelado de Aragon
conmigo no vale nada:

tam-

tampoco Martin Piñero,
el que à Murcia la nombrada
la puso en consternacion
con sus fuertes arrogancias:
tampoco Mateo Benét
se atreva à sacar la cara,
ni el guapo Agustin Florencio,
ni Juan de Robles de fama,
ni el fuerte Francisco Esteban,
que de sus hechos la fama
le labró eterno renombre
al escudo de las armas.
Todos tiemblen à mi orgullo,
y quantos guapos la fama
celebra con trompas de oro,
à vista de mis hazañas,
todos queden en silencio,
y no me hablen palabra.
Preguntará mi auditorio:
aqueste leon de Albania,
aqueste tigre sangriento,
aquesta serpiente ayrada,
este fiero Basilisco,
que es de la muerte guadaña,
quién es, ò cómo se dice?
Por mí responda mi fama,
y sino diga mi lengua
el nombre que me acompaña.
Jacinto Rovira soy,
de esclarecida prosapia:
nací en la Villa de Ayelo,
tan inclinado à las armas,
que por mi divertimiento
jugaba mucho à la espada,
luego manejé escopetas,
inclinándome à la charpa.
En este tiempo mis padres,
por conveniencias que hallan,
fueron à Villajoyosa,
trasladando su morada,
en cuya Villa los mozos
y los chicos me temblaban.
Viendo mis padres mi ingenio
(que por sutil celebraban)
y que mi talento era
digno de ciencias mas altas,
à Gandía me llevaron,
para que en aquella sábia
Universidad pudiera
adelantarme en sus aulas,
y llegar por este medio
à la dignidad preclara
de Sacerdote; mas yo
(aquí empiezan mis desgracias)
como no me sentó bien
el vestirme la sotaná,
todo el tiempo se me iba
en reñir algunas causas:
que como en mí no hubo miedo,
jamás les volví la cara
à los guapos mas temidos
que en la Ciudad celebraban.
Por una niña bonita
de sangre calificada
tuve mi primer empeño
(principio de mis desgracias)
porque un primo de esta niña,
que de guapo se preciaba,
viendo clara su deshonra,
me dixo ciertas palabras
con sobrado atrevimiento;
mas yo con furiosa rabia,
arrancando mi puñal,
le dí siete puñaladas,
dexándomelo à mis pies
por trofeo de mi saña.
Viéndome ya en tal empeño,
y que mi vida arriesgaba,
procuré de allí ausentarme
con cuidado y vigilancia,
y

y me partí à Zaragoza,
donde entrando una mañana,
despues que corrí sus calles,
templos, palacios y plazas,
dibuxo hermoso de aquella
insigne Corte Romana,
viendo yo gran multitud
de Soldados, y que estaba
allí la vandera real,
y ocasion de adquirir fama,
senté plaza muy gustoso,
porque à mi inclinacion rara
solo el estruendo de Marte
es solo lo que le agrada.
Soldado en fin, me parti
con el Capitan de guardia,
escoltando una Recluta,
que à Tortosa los llevaba,
quando sintiendo un tropel
(aun estando à corta marcha)
reconocimos que eran
Miqueletes, y que andaban
siguiéndome à mí los pasos
por breñas y por montañas.
Quatrocientos y mas eran
los que aquel cuerpo formaban,
pero yo y mi Capitan,
que era un Soldado de fama,
con la cautela y cuidado
que el caso necesitaba,
los esperamos à un tiempo,
previniendo nuestra esquadra,
quando de unos y de otros
pudo oirse: abanza, abanza.
Yo entónces que vi el incendio
y tan sangrienta batalla,
metí piernas al caballo,
y echando mano à la espada,
parecí entre los contrarios
una fiera desatada.
En este tiempo el caballo
me hirieron con una bala,
pero arrojándome à tierra,
qual basilisco con rabia
moví tal destrozo en ellos
con mi cortadora espada,
que ya brazos y ya piernas
y ya cabezas rodaban.
A este tiempo el Capitan
al impulso de una bala
vide, que tendido en tierra,
ya el aliento le faltaba,
y un Catalan el vestido
atrevido le quitaba;
quando con denuedo ayroso
le tiré una cuchillada,
que la mitad del pescuezo
le corté, y à la venganza
acudió otro compañero,
quien me disparó una bala,
hiriéndome en una pierna;
y yo como sierpe ayrada
me arroxé sobre el traydor,
y al impulso de mi espada
le destrocé la cabeza
de cinco ò seis cuchilladas.
Huyeron los enemigos,
reconociendo pujanza,
y entónces mi Capitan
estimando mis hazañas,
à su costa y con regalo
dispuso que me curáran.
Entrando yo en Martorel,
me enamoré de una Dama,
que en aseo y hermosura
era un retrato del Alva.
A este tiempo un Capitan
tambien la galanteaba;
mas yo rabiando de zelos,
como una sierpe pisada,
pro-

procuré desafiarle,
y aceptó con mi demanda.
Salimos los dos al campo,
y en breve espacio mi espada
le abrió dos puertas al cuerpo,
para que saliese el alma.
Hallándome mal seguro
entre las tropas de España,
me resolví de embarcarme,
y en una nave, que estaba
en la insigne Barcelona
de viage para Holanda,
me embarqué, y en mes y medio
llegué à la Ciudad de Haya,
que se nombra Corte insigne
de los Estados de Holanda.
Allí estuve quince dias,
y luego sin repugnancia
me pasé à Inglaterra,
y dí la vuelta à Vizcaya,
y Portugal, y en Lisboa
desembarqué con bonanza,
y al cabo de poco tiempo
me embarqué para Navarra:
de allí cogiendo el camino,
travesé toda la Francia,
y así que llegué à Tolón,
me embarqué para la Italia.
De allí me partí à Viena,
que es la Corte de Alemania:
allí estuve quatro meses,
y viendo que me enfadaba
el finflau de aquella lengua,
me embarqué otra vez à Italia.
Tambien estuve en Sicilia,
y de allí con vigilancia
me embarqué para Mallorca,
en cuya Ciudad de Palma
estuve hasta quatro meses:
y un dia por su desgracia
un Barbero, que por guapo,
el pueblo le veneraba,
se desvergonzó conmigo
miéntras me hizo la barba;
sufrí por la contingencia
que amenazó à mi garganta,
y aquella tarde siguiente
me sangré, y me eché en la cama,
para que el pueblo de mí
en nada se rezelára.
Llegó la noche siguiente,
y alzándome de la cama,
con gran tiento me salí
à executar mi venganza.
Descubrí al señor Barbero,
que tocando una guitarra,
muy olvidado de mí,
se aseguraba en su casa:
le asesté una caravina
con quatro sangrientas balas,
con las quales la vihuela
contra el pecho hice migajas.
Volvíme muy poco à poco
à la vuelta de mi casa,
y con el poco exercicio,
ò la fuerza demasiada
se me soltó la sangria;
y la gente de la casa
viendo esta demostracion,
se recelan lo que pasa;
por cuya causa al instante
me embarqué en una Tartana,
y otro dia en Barcelona
seguro me desembarcan.
Y el Poeta le da fin
à esta parte, y sin tardanza
referirá en la segunda
lo que al Romanze le falta.

F I N.

SEGUNDA PARTE
DE JACINTO ROVIRA.

Digo, pues, que en Barcelona
luego que puse las plantas,
me mantuve algunos dias,
paseándole sus plazas,
divertido en sus primores,
que son de grande importancia.
Algunos guapetonazos
de estos de la vida ayrada
me tomaron entre ojos,
y una noche por la rambla
pasaba yo con descuido,
quatro de ellos me aguardaban,
y por probar mi valor,
comienzan à carcaxadas,
haciendo burla de mí;
pero yo, que ya la saña
rebentaba por los ojos,
les dixe: infames canallas,
si acaso ignorais quien soy,
apercebid vuestras armas.
Esto dixe, y cogí un tronco,
que allí cerca divisaba,
y empezamos la refriega
mas sangrienta, que en las aras
del fiero Marte se ha visto,
ni ha sucedido en batalla.
De los quatro maté à tres,
y el otro herido se escapa:
hiriéronme en una pierna,
cuya herida fatigaba
lo bastante mi valor;
pero entréme en una casa,
en donde una buena Viuda
tenia allí su morada.
Supliquéla, que por Dios
me asistiese y me curára;
hizolo con tanto amor,
y caridad tan sobrada,
que viendo que la Justicia
me busca con vigilancia,
me ocultó con gran piedad
en un quarto de su casa.
Reparé, que muchas veces
que delante de mí estaba,
lloraban mucho sus ojos,
y suspiros exhalaba.

Pre-

Preguntéle : madre mia,
que le aflige , ò qué le embarga
el natural sufrimiento?
dígame si soy la causa.
Respondióme : tú , mancebo,
has destruido mi casa,
pues que mataste à mi hijo
esotra noche en la rambla;
pero mirando yo à Dios,
que en sus preceptos me manda
que perdone al enemigo,
digo , que de buena gana
te perdono , y ve seguro,
Dios te libre de desgracia,
que por mí ningun agravio
te se hará , y así mañana,
supuesto que estás mejor,
te irás seguro à tu patria.
Yo entónces me eché à sus pies,
diciendo , me perdonára,
que no tenia la culpa
del suceso que pasaba.
Levantóme y consolóme,
y à otro dia me prepára
comida para el camino,
y salí , dando las gracias
à aquella buena muger,
ò aquel Angel de mi guarda.
Salíme de Barcelona,
y estando una legua larga,
encontré cinco Soldados,
prevenidos de sus armas,
saludéles muy cortés,
y ellos que me ven la charpa,
me dixeron , que la suelte
en tierra sin repugnancia.
Yo que conocí el peligro,
que tan cierto me amenaza,
cogí un tronco de un olivo,
y empecé à jugar las armas
con tal dicha , que los tres
en tierra se revolcaban,
y los dos , viendo el peligro
que cierto les amenaza,
se valieron de los pies,
huyendo mi furia estraña.

Salí de aquesta refriega
sin lesion (à Dios las gracias)
y enderezando el camino,
para venirme à mi patria,
muy cerca de Martorel
dos Catalanes estaban,
prevenidos de escopetas,
y al pasar yo , me disparan
dos tiros para robarme;
y usando yo de mis mañas,
de golpe me tendí en tierra
como muerto , y luego arrancan
à despojarme la ropa,
y todo lo que llevaba.
Ya que están cerca de mí,
me senté con vigilancia,
disparéles dos pistolas
à un tiempo , con cuyas cargas
los despaché de este mundo,
para que jamás robáran.
Proseguí en paz mi camino,
hasta que en Valencia entraba;
y dí gracias à la Reyna
Madre de Dios soberana,
Madre de Desamparados,
que me libró con su gracia
de tan patentes peligros,
y conocidas desgracias.
Salí de Valencia luego,
y à Gandía caminaba,
no acordándome en efecto
de aquella muerte pasada;
pero en medio del camino
encontré (grave desgracia !)
al hermano del difunto,
que con otros caminaba,
y luego que me conoce,
se previene á la venganza
de su hermano , pero yo
que las acciones miraba,
aunque pesaroso , alisto
los alientos y las armas,
y todos chocando fuertes
conmigo , como piratas,
me dieron bien que entender;
mas yo con furiosa rabia

dis-

disparando mi trabuco,
con el furor de las balas
al hermano dí la muerte,
y los demás que batallan
solo por el pundonor
de acompañarle , se cansan,
y trepando presurosos,
me volvieron las espaldas.
Pero cogiendo los pasos
la Justicia , con el ansia
de prenderme (que avisaron
los que del reencuentro escapan)
me cercaron animosos,
diciendo : rinda las armas.
Yo entónces (que nunca pude
escuchar tales palabras)
les disparé mi trabuco
con tan no vista arrogancia,
que à cinco les dí la muerte,
y tres heridos se hallan:
pero como fueron tantos
los que me cercan y ataxan,
rendíme , bien que por fuerza,
y ya preso me desarman.
A Valencia me conducen,
y en la Torre me afianzan,
fulminándome por puntos
mis delitos y mis causas.
Y viendo que no hay remedio,
y que la suerte está echada,
de un Gitano , que en la Torre
tambien prisionero estaba,
me valí , y aconsejados
una rexa y su ventana
falseé con instrumentos,
y escapamos , sin que haya
persona que nos lo impida,
ni aun los Soldados de guardia.
Tomé el camino de Agres,
en cuya villa me amparan,
entretanto que mi tio
me socorre con su plata.
En este tiempo el Alcalde,
supe por cosa muy clara,
que à la Justicia de Alcoy
avisó con vigilancia:

paguéle aqueste recuerdo
con lo blanco de dos balas,
que le envié por la posta
al impulso de una carga.
Fuíme à la Villa de Planes,
y un amigo que me ampara,
me contó , que à una hija suya,
doncellita muy honrada,
un cierto bribon de mozo,
porque ella el sí no le daba,
le cruzó la cara osado:
mas yo sin hablar palabra,
tomándole bien las señas,
en su busca caminaba:
cogíle por su desdicha,
y de un trabuco la carga
lo arrojó mas de seis pasos
del terreno que ocupaba.
Viniendo por el camino,
encontré con una charpa
à un bizarro Labrador,
que de guapo rebentaba;
me arrimé , y con un puñal
le hice soltar las armas.
Partíme otra vez à Agres,
y me dixeron que andaba
el nuevo Alcalde muy listo,
por embocarme en la jaula;
teniendo yo esta noticia,
fuíme derecho à su casa,
y le llamé , por decirle
quatro cosas de importancia.
Tiróme un pistoletazo,
pero quiso su desgracia,
que la pistola dió fuego,
pero no salió la carga:
tiréle con una mia
con tal acierto y pujanza,
que sin poderse valer,
le partí por las espaldas.
Paséme à Villajoyosa,
y estando un dia en la plaza,
vi que un hombre con vigotes
vendiendo estaba manzanas.
Llegóse en aqueste tiempo
una señora preñada,

y

y sobre escoger la fruta,
ò la que mejor le agrada,
la despidió muy soberbio:
y yo sacando la cara,
le dixe, que la dexase
tomar lo que le gustaba.
Me respondió, que no quiere,
con desverguenza sobrada;
pero yo afilé un vigote,
y tirando de él con rabia,
le arranqué vigote y labio,
y en tierra lo pateaba.
A un mozo desvergonzado,
que à una dama cortesana
le dió ciertos puntapies,
ella viéndose injuriada,
lo que le pasa me dixo:
mas yo sacando la cara,
al soplo de una pistola
al mozo dexé sin alma.
Y en fin para qué me canso,
si es imposible nombrarlas
las muertes que aqueste brazo
ha executado con rabia?
Pero es cierto que no es mucho,
pues volví à Dios las espaldas,
y quanto es mas el delito,
tanto mas mi gusto abraza.
En fin no hubo empeño, agravio,
pendencias, riñas, desgracias
que no executase, siendo
Juez que sentenciaba causas,
con asombro de los pueblos,
y terror de las montañas.
Pero ya queriendo el cielo
dar fin à maldades tantas,
y prevenirme piadoso
del infierno que me aguarda
(si no procuro contrito
lavar tan enormes manchas)
cierto dia que en un monte
mayores muertes trazaba,
y la ira y el enojo
prevenia con las armas,
oí una voz, que terrible,
nombrándome, me amenaza.
Faltóme aquí mi valor.
y lleno de miedo y ansias,
casi en brazos de la muerte
mi aliento titubeaba;
todo susto, todo horror,
todo miedo que me pasma,
caido como otro Pablo,
yerta la voz se levanta
al cielo con tierno llanto
estas voces mal formadas
dixe: Señor, ya conozco
mis delitos, y que bastan
para un infierno de penas;
pero à vuestra piedad clama
esta ovejuela perdida:
merezca, Señor, que entrada
vuelva à tener en tu alvergue,
porque no se pierda tanta
misericordia que usaste
con mi cuerpo y con mi alma.
Esto dixe, y al instante
me fuí à la Villa de Albayda,
y en un sacro Monasterio
de Franciscos, se rapara
mi susto en la confesion
que hice de mi vida larga.
Salíme de aquel Convento,
y caminando à Alfafara,
pensando solo en mis culpas,
conociendo que son tantas,
que el número casi excede
à no poder numerarlas:
mis contrarios à este tiempo
tenian una celada,
y al pasar por medio de ellos,
me dieron carga cerrada,
à cuyo incendio horroroso
dexan mi cuerpo sin alma.
En esto paró Rovira,
Señores, y en esto paran
los que sin conocimiento,
ni Dios, ni ley soberana,
cometen tales delitos,
y causan tales desgracias.

F I N.